

Cartas al Director

Cuando hace unos días en conversaciones con el arquitecto Cano Lasso, nos exponía Don Julio sus opiniones acerca de un modo de construir que prolifera en nuestras ciudades, le animamos a que las contara en forma de "Cartas al Director". Nos parecía esta manera de inaugurar la sección lo suficientemente elocuente del interés que para nosotros tiene. Sólo nos queda animar a nuestros lectores para que consoliden una sección que a ellos corresponde escribir.

LOS MALOS EJEMPLOS

He dudado si escribir estas líneas, en las que me ocupo de errores ajenos, pensando en que tal vez mejor haría ocupándome de los míos. Sin embargo creo que no debe demorarse por más tiempo un debate sobre cierto tipo de arquitectura que está proliferando en nuestra ciudad y que en mi opinión constituye un mal ejemplo. Se trata de un hecho suficientemente generalizado para que nadie pueda sentirse directa y personalmente atacado, y puedo asegurar que la mayoría de los ejemplos que han llamado mi atención son de autor para mí desconocido y como tales anónimos, y mi juicio se dirige más a una manera de hacer arquitectura y a una actitud frente al hecho tecnológico, que a obras y personas concretas.

Me estoy refiriendo a ciertas construcciones de pretensiones ostensiblemente tecnológicas que, sobre la base de algunos elementos prefabricados de la fachada pretende componer una imagen de arquitectura avanzada. Dentro de esa arquitectura existen dos gamas, la metálica, basada en la utilización de vidrio oscuro

y aluminios anodizados, y la pétrea, basada en elementos prefabricados.

Nada habría que objetar al empleo de esos materiales, ni al hecho de que la arquitectura refleje limpiamente el proceso constructivo, al contrario; lo malo está, según nuestra opinión, en el énfasis pretencioso que se hace de una tecnología más bien modesta y en la falsedad y baja calidad estética del resultado; también en el desprecio del entorno.

Si la buena arquitectura ha de tener siempre como referencia principios de racionalidad y economía, cuando se pone el énfasis en la cruda imagen tecnológica y se pretende hacer de ella un atributo estético, hay que ser particularmente exigente en punto a racionalidad, economía y coherencia del proceso constructivo, cosa que no suele ocurrir en las construcciones a que nos referimos; por el contrario, su rasgo más visible es lo caprichoso y falso de las formas y la complicación innecesaria, frecuentemente mal resuelta; en una palabra, la falta de racionalidad y rigor del proceso constructivo, del que se deduce un indudable aumento de los costos. En casos así queda muy de

manifiesto cuanto existe de caprichoso y frívolo en el arquitecto.

Buena es cualquier innovación tecnológica que tienda a poner al día la industria de la construcción y a incorporar el avance de otras ramas de la industria, a mejorar la calidad y abaratar los costes; sin temer las consecuencias estéticas que de ello puedan derivarse, siempre que se resuelvan con criterio y sensibilidad de arquitecto; pero éste no es el caso, ya que la aportación tecnológica es mínima y se reduce a vestir construcciones convencionales con chapados de fachada en las que combinan elementos prefabricados con los recursos también más convencionales de la albañilería, en un sistema híbrido, buscando como resultado una imagen falseada, y lo que es peor, de dudosa economía y pésima calidad estética.

Naturalmente, este no es un mal exclusivamente español, porque como suele ocurrir, mucho de nuestros males provienen de la copia del exterior, y toda Europa está llena de ejemplos como los que comentamos, y aún peores.

En mis tiempos de estudiante, allá por los años 40, años de penuria, era frecuente chapar las fachadas de ladrillo hueco con aplacados de piedra artificial, despiezados en retícula y tratados con mucha sencillez. Esa construcción que, consciente de su limitación, no tenía pretensiones de innovación tecnológica, era en cambio racional y económica y producía una arquitectura muy correcta, porque siempre la naturalidad y la sencillez han dado buenos resultados.

Nos hemos referido también a la falta de respeto por el entorno y carácter de los barrios

como otro de los aspectos negativos de estos malos ejemplos. En algunas calles, la de Goya por citar una que me viene a la memoria, esto es bien visible. Hace años se habló mucho de arquitectura brutalista; a veces el brutalismo bien utilizado es un medio de expresión conveniente y son muchos los ejemplos de grandes edificios del pasado con una componente brutalista, pero ello requiere determinadas condiciones; cosa muy distinta es la brutalidad y la falta de sensibilidad estética.

La arquitectura urbana es siempre pieza de un conjunto y como tal debe aceptar ciertas reglas, que se resumen en lo que podríamos llamar actitud urbana o *urbanidad*, es decir, un código de buenas formas y modales, con intención de hacer grata la convivencia y no desentonar, de los que excluido el gesto desaforado; el respeto al entorno es una forma de respeto a los demás y característica definitoria de la conducta urbana, que ha dado lugar a la unidad de los viejos barrios y ciudades. Hoy estas normas de conducta, tanto como el concepto mismo de urbanidad están en desuso, y sus resultados bien visibles.

En fin, con estas notas sólo he pretendido abrir un debate en el que desearía participaran otros compañeros más dedicados que yo a la crítica de arquitectura, entre ellos el equipo director de la revista, cuya opinión sería interesante conocer. Ellos tienen la palabra.

Julio Cano Lasso

Madrid, Marzo de 1981

Noticias

JORGE SILVETTI
EN MADRID

Jorge Silveti, Arquitecto, Profesor del Departamento de Arquitectura de la Universidad de Harvard, ha dictado dos conferencias en Madrid, el viernes 27 de marzo, invitado por la Comisión de Cultura del Colegio en colaboración con Alberto Campo Baeza, Profesor de Proyectos de la Escuela de Madrid.

La primera conferencia, en el siempre abarrotado salón de Actos de la Escuela, fue una exposición detallada y com-



pleta de toda su obra, realizada en colaboración con Rodolfo Machado, desde la ya lejana en el tiempo pero siempre sugerente y polémica Fountain House hasta el Club de Manhattan, recientemente terminado. Parte considerable de la conferencia se dedicó al análisis del espléndido proyecto para el campus de la Rhode Island School of Design, en Providence, que mereció el Primer Premio de Progressive Architecture en 1980. El proyecto utiliza, en palabras de Stern, un "completo repertorio de elementos clásicos y neoclásicos, ensamblados brillantemente", creando una serie de espacios urbanos mediante la transformación de las